

Plumas contra balas

Pablo Bedoya Molina

Era viernes 4 de febrero de 1994. Nosotras estábamos ahí paradas en la 61 con Caracas, en Bogotá, viendo a ver qué salía. Yo llevaba poquito allá, Medellín estaba dura y tocó pegar pa' ese frío, pero usted sabe que el odio nos persigue y ahí no parece haber dónde esconderse. Llegaron como dieciséis hombres, dizque agentes de policía, pero vaya usted a saber por estos días realmente qué eran. ¿A qué vinieron? A lo de siempre, a pedir plata, comida y culo pa'l final darnos es bolillo. Así ha sido desde los cuarenta o cincuenta cuando a la policía le dio por salir a la calle disque a cuidarnos el culo, o eso es lo que me han contado porque aquí donde me ve yo soy más pollita. Claro que eso no dicen en los noticieros ni en esos periódicos donde sólo aparecemos o muertas o encanadas, allá van y dicen que es "un operativo común" para proteger "la seguridad ciudadana". Y podré hasta parecer bruta, pero yo es que no entiendo ni lo de seguridad ni lo de ciudadana, porque a la Celi la subieron a una camioneta blanca los mismos amigos de los de la policía y apareció tirada yendo para Fusagasugá tres días después. Eso ya era paisaje, pasaba seguido. Lo mismo siempre, nos montaban en camionetas y no volvíamos, cuando no es que llegaban a disparar bala a la loca, literal. Y vea, yo he conocido varias ciudades: Medellín, Bogotá, Cali, Pereira y toda parte igual. Pero tampoco hay de otra, toca salir a trabajar.

Ese día era distinto. Ya estábamos cansadas de mediar con los policías, de intentar, de tenerlos contentos a ver si así nos dejaban trabajar tranquilas, pero no. Primero llegaron a requisar y esos siempre aprovechan pa' pegar su

manoseada, porque lo quieren es gratis, antes quieren es que uno les pague a ellos.

Varias no se quisieron dejar requisar, me acuerdo mucho de dos amigas, les decíamos las negras, eran muy paradas y ese día no se quisieron dejar requisar y ahí fue que se armó. Imagínese, ellos eran dieciséis, nosotras éramos un poquito más de cuarenta. Eso fue una batalla campal. Yo creo que hasta ese tal Stonewall en Estados Unidos quedó chiquito. Eso en un momentico se llenó, todas ahí mismo pa' la esquina. Todo el barrio se asomó, los vecinos, los de los locales, todo el mundo. Me acuerdo que volteo yo y uno de esos hijueputas le está dando pata a la Sole. Me dejé ir, agarré una piedra y ¡tin!, su tiestazo se llevó esa gonorra. Es que vea, a uno sí le daba era mucha rabia cada vez que venían, pero uno se aguantaba o miraba cómo los llevaban. Pero a veces sólo querían era chimbiar y perdóname la expresión. Pero ese día no y les dimos con lo que había a la mano. Eso se vinieron los de los negocios disque a bajar los humos, pero nada, venían a aprovechar pa' cascarnos. Nos alcanzamos a dar bastante, pero a la final se tuvieron que ir. Salimos en *El Espacio* y todo, vea [me muestra un recorte de periódico de la página #9 de la edición del 8 de febrero de 1994]: "Tres horas de pelea. Los homosexuales quieren ser los dueños de las calles".

Después de tantas humillaciones pudimos creer por un ratico que ese pedazo de calle era nuestro. Porque a nosotras todo nos lo quieren quitar, pa' después venir a decir que nosotras somos las ladronas. Porque quieren que de mariposas volvamos a ser orugas. Porque

les incomodamos volando y nos quieren ver arrastrando.

Ahí no quedó la cosa, esos manes se fueron ardidos y la iban a cobrar después. Eso no había pasado dos días cuando ya estaban circulando por todo Chapinero estas boletas, de esa también conservo una, vea:

Ojo Chapinero. ¡Ya nos cansamos! Unámonos. Restaurantes, bares, tabernas, almacenes. Lucha frontal contra la delincuencia callejera. No más homosexuales, ladrones, atracadores y expendedores de drogas. Somos un pie de fuerza. Unidos venceremos. No más miedo.

Ahí se calentó la cosa por un buen rato. La policía no actúa sola y ellos mejor no se ensuciaban mucho. Fueron las camionetas blancas las que empezaron a pasar. No hacían nada, no disparaban, no gritaban, no paraban, si mucho bajaban los vidrios, miraban y seguían. Sabíamos que nos estaban *pistiando*. Los escuadrones de la muerte les decíamos. Ya se habían llevado a varias y ahí era como difícil saber. Una se monta a un carro, pero una no sabe si vuelve y a muchas les pasó eso. Y ¿quién lo reclama a uno? ¿Dónde se pone la denuncia? ¿A la policía? Más rápido nos matan. ¿Pero sabe qué? Hay un momento donde uno ha perdido tanto, que ya no teme a perder mucho. Yo lo que no quiero es terminar en una fosa común, que nadie lo reclame a uno y que alguien me mande tan siquiera una misa.

La cosa siguió densa esos días. Chapinero estaba caliente, y algunas se estaban yendo sobre todo para la 93 con 15. Por allá pagan bien y parecía más calmada la vuelta. Pero qué va, si no nos toleran acá, menos lo van a hacer allá. El sábado 26 de febrero estábamos varias trabajando ahí en la 93. Como a las cuatro de la mañana llegaron unos sardinos, eran pelaos y de una nos empezaron a aletear: que locas, que pervertidos nos decían. Se nos dejaron

venir, nos empezaron a golpear y nos querían desvestir ahí en la mitad de la calle. Se armó otro tropel, porque maricas sí, pero cobardes jamás. De un momento a otro llegaron más sardinos y nosotras no éramos tantas ese día.

Yo no sé en qué momento llegó la policía y se agravó porque empezaron a echar plomo. Tan pronto escuchamos los primeros disparos, algunas nos escondimos detrás de los postes del alumbrado. Yo *voltíé* así a mirar como para la esquina y vi cayendo a Andrea y miro más pa' allá y en el suelo estaba la Paola, las que le dije ahorita, las costeñas. Una quedó frente a la discoteca y la otra ahí en toda la esquina de la 93. Les decíamos las negras, dos mujeres bellísimas, de las que nos decían que nos teníamos que cuidar entre nosotras y por eso es que no se dejaban. Habían llegado de la costa buscando mejor vida aquí y pues... vea, esos pirobos las mandaron fue pa' otra vida.

A eso de las 6:30 o 7:00 a. m. ya tenían todo acordonado. Las dos ahí tiradas, la gente que mira con complacencia los cuerpos nuestros ahí tirados, como si fuera la exhibición de su victoria. Llegaron los buitres de los medios que no desaprovechan poner una foto de nosotras muertas, con algún titular rojo diciendo que las locas esto, que las locas aquello. Los de la policía les dijeron que llegaron a poner orden y que no se sabe de dónde salieron las balas. Pero yo le puedo asegurar que nadie más estaba armado y que los disparos los hizo la policía cuando llegó. Nosotras estamos seguras que la policía disparó contra nuestras compañeras, nosotras vimos a esos hombres de verde disparando. Ellos no se quedaron con la rabia de que no nos hayamos dejado en Chapinero. Vea, habían pasado como dos semanas después de eso. Lo de esos sardinos fue muy raro, y los de la policía sabían a qué llegaban.

Ahí es cuando uno dice, allá en Nueva York se rebotaron contra los abusos de la policía, y ahí

podieron comenzar todo esto de las marchas y de salir a hablar que por los derechos y todo eso. Pero acá, acá no se puede hablar, no se puede decir. Que la policía, que los paracos de las camionetas, que la guerrilla, eso no hay pa' dónde pegar. Acá hay una persecución soterrada en nuestra contra de la que el Estado ha sido cómplice. Una lucha histórica donde hemos caído varias. Por eso acá cuesta dizque movilizarse, porque esta lucha es desigual, mientras nosotras luchamos con plumas, ellos nos responden con balas. Pero vea muchacho, no se le olvide esto que le digo, donde cae una, florecerán miles y esa es nuestra victoria.

Este texto es ficción. No porque sea falso, sino porque ha necesitado de imaginación. Las revueltas de personas gais y trans que se narran ocurrieron efectivamente en Bogotá en los años noventa. Desde los años ochenta, distintos medios de comunicación llamaron la atención sobre la conformación de grupos organizados dedicados a la persecución y exterminio de personas gais, lesbianas y transgénero. Claramente, fueron las más expuestas en donde se concentraron las violencias: personas empujadas, *racializadas*, muchas de ellas migrantes de otras regiones del país que viajaron a las ciudades capitales buscando un lugar para ser, o también huyendo de la violencia (enmarcada en el conflicto o no) y que terminaron ejerciendo trabajo sexual como una de las pocas alternativas que se abrieron. Los registros de prensa que permiten identificar estas violencias y estas acciones colectivas de resistencia hay que leerlas a contrapelo. En su totalidad, están escritas desde el lugar de enunciación de la hegemonía heteronormativa que busca disciplinar el desvío y aniquilar la diferencia, simbólica o físicamente. Los calificativos son reiterados en sus páginas: las locas, los invertidos sexuales, los pervertidos. Comúnmente, y hasta muy entrada la década del 2000, este tipo

de hechos no fueron de importancia para la gran prensa colombiana. Sólo aparecerían en la prensa sensacionalista. De modo que estas nunca constituyeron una denuncia sino más bien la exhibición pública del dolor de aquellos que no han sido reconocidos como vidas. Acciones de resistencia colectiva como las que ocurrieron en aquel febrero de 1994 en Bogotá se dieron en distintas latitudes del país. Son notables expresiones de resistencia contemporáneas y posteriores a Stonewall que, de ningún modo, podrán ser interpretadas como su efecto directo, sino más bien como el producto del diálogo de las trayectorias locales con lo que a nivel global ocurría. De igual forma, nos permiten ver que la dinámica de la violencia armada, que ha marcado la segunda mitad del siglo xx, también ha tenido un impacto directo en las formas de acción colectiva, de movilización y de resistencia de quienes interpelan la heteronormatividad. No es entonces posible comprender el devenir de los movimientos LGBT sin dimensionar el papel disciplinante que han significado las formas de violencia contra estos sectores y que establece particularidades frente a las trayectorias de otros contextos del mundo. Así, este ejercicio ficcional se basa en información dispersa en la prensa sensacionalista de las décadas de 1980, 1990 y 2000 en entrevistas realizadas a mujeres trans y hombres homosexuales de la época. Las formas en que estas experiencias aparecen en los archivos anulan la voz propia de gais y trans, de modo que habrá que leer los mismos hechos y darles la vuelta para procurar hacer más audible esas voces que se escapan.

Pablo Bedoya Molina es historiador y Magíster en Historia. Profesor e investigador del Departamento de Trabajo Social de la Universidad de Antioquia, es integrante del Grupo de Investigación en Intervención Social -GIIS-.